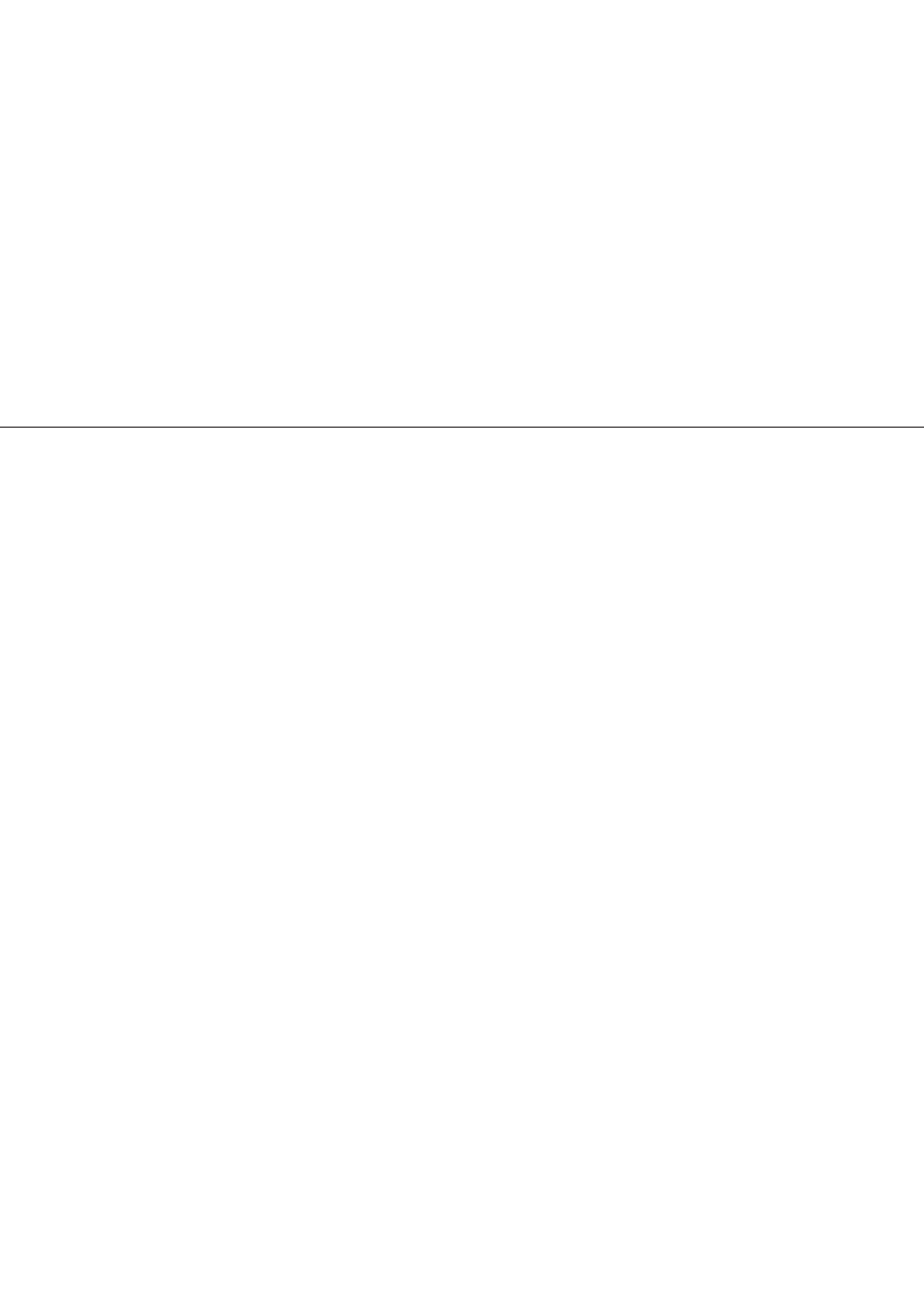




LA SARNA DE LOS JUSTOS



LA SARNA DE LOS JUSTOS

LAUTARO RIVARA

IMLUS
EDITORIAL

Rivara, Lautaro
La sarna de los justos. - 1a ed. . - La Plata : Malisia, 2016.
72 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-3972-12-6

1. Poesía Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A861

Título

La sarna de los justos

Autor

Lautaro Rivara

Editorial

MALISIA

malisiaeditorial@gmail.com

Diagonal 78 #506 | La Plata

Edición, dirección de arte, diseño y correcciones

Pablo Amadeo

pabloamadeogonzalez@gmail.com

facebook.com/pabloamadeo.gonzalez

Imagen de tapa y contratapa

"Paisano con perro" (1890s)

Archivo General de la Nación Argentina

Primera Edición

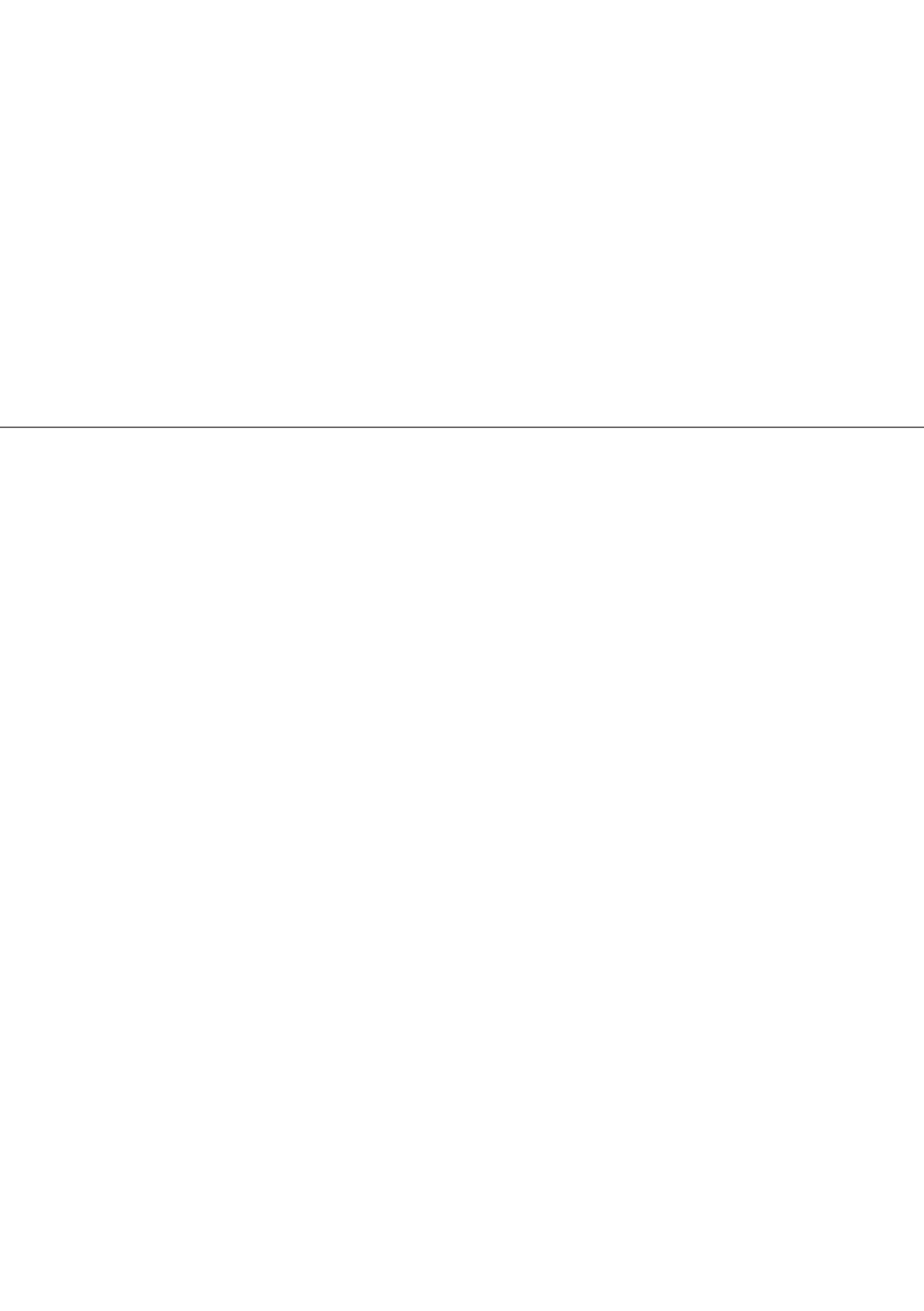
Febrero de 2016

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-987-3972-12-6



*Porque gente no es pueblo,
tierra no es patria,
y tiempo no es historia.*



1.GENTES

*“Yo no tengo, tuve, ni tendré nunca,
la mirada tranquila del inocente:
soy el ser vacilante, la vida trunca,
la bestia incorregible, la luz ausente”*

Almafuerte

Pobre vieja

Mi abuela ya no da más,
pobre vieja.

Anda más cerca del polvo que de los terrones de azúcar,
más cerca del humus que de los malvones.

Uno a uno van despegando
sus puentes levadizos,
uno a uno van suspirando
los grandes candelabros.

La sangre se le está llenando de algas,
pobre vieja.

Sus manos de enfermera,
apenas si parecen un racimo
de arterias infinitas.

Pequeñas lagañas
hacen el amor en sus ojos
mientras el cáncer
la crea y la aniquila sucesivamente.

Al lado de su cama
duermen uno o dos fantasmas virreinales.

Ahora mismo,
o quizás como siempre,
mi abuela recuerda solo lo que quiere.

Mi abuelo,
muerto hace ya 23 años,
espera.

Y ella, en su fábula neurótica,
pronto entrará a la muerte por la gran puerta,
y será pura lumbre,
y se verá en el espejo como una grandiosa Evita,
y lo verá a mi abuelo vestido de coronel,
soberbio y entrador.

Pero tras el umbral solo espera en realidad
un melancólico laburante,
pobre y bueno,
con una mano hecha un callo desnudo,
y arrastrando en la otra
una bolsa sucia de arpillera.

Pobre vieja.

Seco

Estoy definitivamente sin saliva,
seco como ese hombre de la cama tres
al que atendían las enfermeras,
espantando las moscas de la muerte a las carcajadas.

Su esposa me dijo que se estaba muriendo,
que lo había decidido él, solito.
Esta seco, vivo pero seco -decían las enfermeras-
lo que viene a significar muerto.

Las enfermeras,
entendían que un hombre seco no es un hombre vivo,
que un corazón porfiando nada significa.
El hombre no es un mecanismo,
no podemos amar a los relojes.

Estoy seco,
sin saliva,
esta sequedad no me deja hablar para convencer al
enemigo,
no me deja escupirle mi odio,
o escribir la crónica de nuestra derrota.

Podemos vivir sin memoria,
podemos extraviar la esperanza,
soltarle la correa para que haga de las suyas,
sobre todo si se arrima a cagar en el patio del vecino.
Pero sin saliva no,
así no se puede.
Como vamos a digerir esta realidad seca,
pastosa,
como vamos a hacer que el encuentro de las lenguas
no sea una confrontación de papel de lija,

con qué vamos a entretener a las ancianas hasta la muerte,
ahora que es imposible enhebrar agujas.

Cuando todos estemos secos,
secos como los ojos de un hombre incrédulo,
secos como la tierra cuando se abre de piernas,
secos como el hombre muerto de la cama tres,
el único consuelo será
que ya no quedarán dentistas.

Pero quedarán enfermeras,
con su risa de agua llovida,
con su paciencia de agua llovida,
con su ternura de agua llovida,
todas ellas,
agua llovida.

Pero ama

¿Han visto alguna vez a una flor travesti?

Dicen que es rara y que su belleza es sensual y pegajosa.

pero ama, yo sé que ama.

Las barrenderas

Las barrenderas patean la tardecita,
rascan las veredas con sus escobillones,
lijan las imperfecciones del mundo
con sus pies gastados.

Van puliendo el cansado adoquín
de las viejas humedades.
Oficio inútil y desesperado
el de barrer las hojas secas,
puntuales enemigas de nadie.

Las escobas van terminando su tremendo homenaje,
y las mujeres
vuelven a sus casas llenas de hojas,
pegajosas y sedientas.

Pero de madrugada llega otro batallón silencioso,
y las barrenderas van cediendo paso
a los agitadores de árboles.
Como monos sacuden los enormes troncos
en su otro afán inútil.

Pronto los tilos y los jacarandas
confluyen en un solo desparramo,
y los hombres vuelven a sus casas llenas de hojas,
a hacerle a sus esposas
un amor pegajoso y sediento.

Todo está listo para que a la tarde siguiente,
las barrenderas
pateen la tardecita,
rasquen la vereda con sus escobillones,
y lijén las imperfecciones del mundo
con sus pies gastados.

El linyera

¿Por qué será que el linyera escupe siempre con desprecio?

¿Por qué será que se detiene siempre un segundo en medio
de la calle?

¿Por qué será que aborrece de la lluvia?

¿Por qué será que nunca jamás se aleja de su sitio?

¿Por qué será que huele siempre igual, siendo tan variados
los olores de la mugre?

¿Por qué será que duerme tanto?

¿Por qué será que nunca se vuelve parte del paisaje?

¿Por qué será que anda siempre solo?

¿Por qué será que me mira con estrépito?

Nombrarte es gastarte

A la que no era. Solo estaba.

Porque nombrarte es gastarte, mujer andina
Un poco como las rocas pulidas por las aguas
Te prometo nunca decir tu nombre sagrado
Recordaré en cambio el otro, susurrándolo,
Esparciéndolo suave
por las flores secas del camino.

Que se animan

Decía Rodolfo que no hay héroes,
solo hombres y mujeres que se animan.
Y qué carajo vendría a ser un héroe me pregunto,
sino esa gente gris que se sobrepone,
que con los nervios agarrotados dice que sí,
que con el corazón rabiando da el paso,
que con la garganta hecha un nudo marinero
se entrega a sus temblores.

Vos y yo nos cagamos en los héroes de película, Rodolfo,
no por escépticos,
sino porque los nuestros no tienen nada de heroico,
y falta como cuatrocientos años para que nosotros
hagamos las películas.
Apenas si hoy nos desbaratamos con crónicas y poemas,
porque no se vos,
pero yo no escribo ni media carilla para no ser escuchado.

Nuestros héroes, los tuyos y los míos,
son pálidos,
huelen a entropierna,
nunca dicen las palabras precisas,
tienen como setenta hijos,
son gordos,
calvos,
flácidos,
hipertensos,
cualquier cosa que termine con crónico.

Tienen los ojos más grandes que el corazón,
el honor más recto que la espalda,
y aunque esté de franco,
nunca jamás se salvan de la muerte.

Qué manera formidable de morir tienen nuestros héroes.
Qué pena que al hacerlo
no digan frases de manual o reciten endecasílabos,
sino que como tu soldadito,
puteen para no quedarse solos.

Y es que ser un héroe es ni más ni menos que eso,
atreverse a quedarse solo,
atreverse a no quedarse solo.
Los hombres y las mujeres que se animan,
llevan el despertador en una mano,
atentos al momento de metérselo al enemigo
bien hondo en la garganta.
Para que su desaliento,
como el nuestro,
suene día tras día
a las seis de la mañana.

Cuentacuentos

Cuentacuentos.

Has narrado la historia de esta tierra.

Lo has hecho bien.

Ha resultado hermosa y cierta, deslumbrante y cíclica.

Ahora descansa en paz.

Hazte humus, quetzal, maíz, orquídea.

Conviértete en lo que quieras.

Hazte parte de esta memoria profusa.

Descansa cuentacuentos.

La memoria es ahora un animal gordo
que duerme plácido en una caja.

Estilos

Duermo con una mano
que comprueba el porfiar
de mi pecho asmático,
y con un brazo
que protege mis ojos
del visible dolor del mundo.

Duerme con una pierna destapada,
cercana al suelo,
para recordar de donde viene,
y con ojos un poco abiertos,
que hasta en la ternura de la noche,
siempre desconfían.

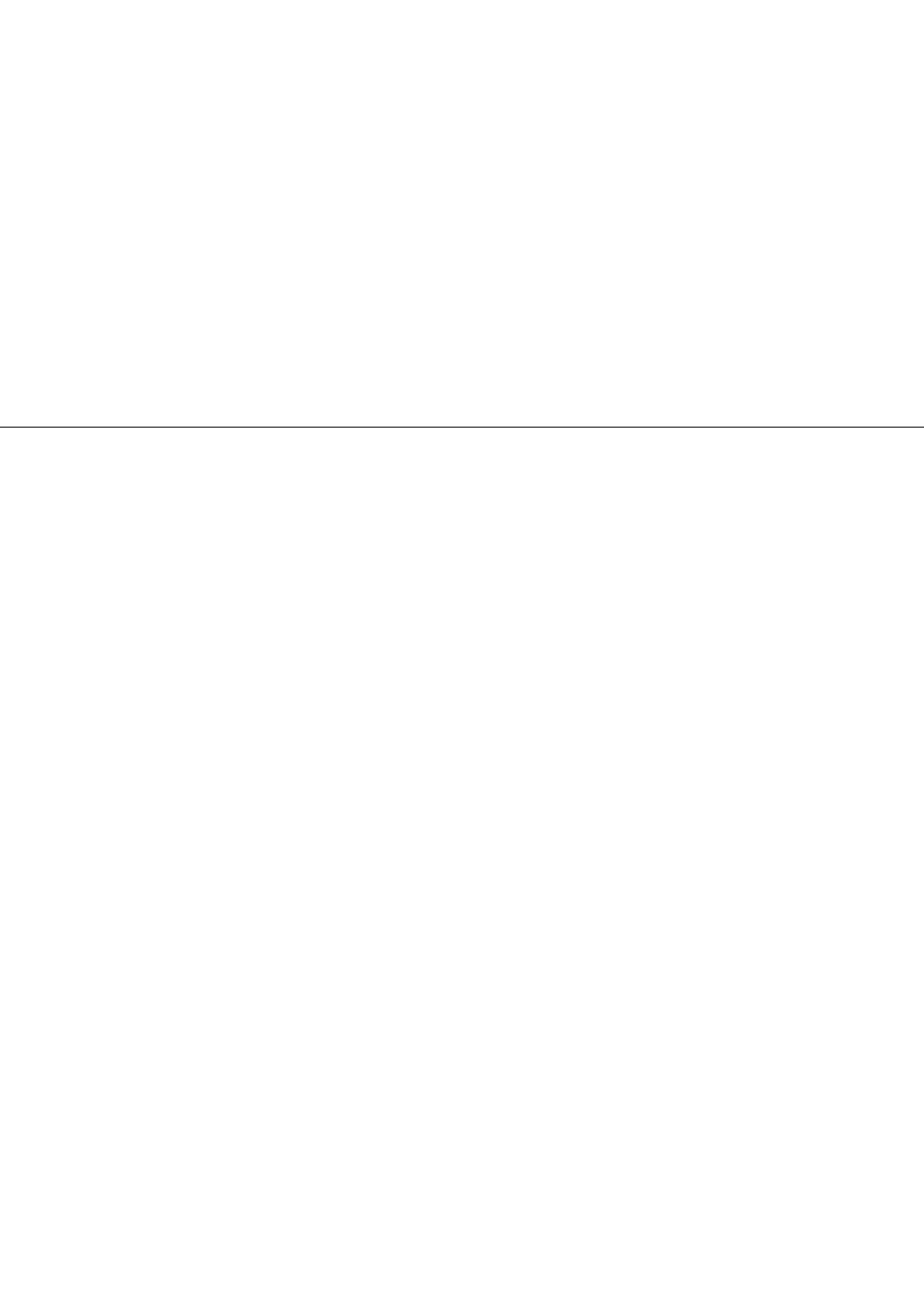
Todos nombran

Una suripanta,
una puta,
una atorranta,
una piruja.

Una prostituta,
una habitanta,
una cortesana,
una buscona.

Una meretriz,
una ramera,
una furcia
una fulana.

Todos miran,
todos gozan,
todos nombran.



2.HISTORIAS

“Puse mi boca en la herida del mundo”

Roberto Jorge Santoro

Los vencidos

Ellos son los vencidos.

Han luchado, es cierto.
Algunos han sido necesarios,
otros hasta han sido imprescindibles,
unos pocos nos habrán marcado la frente
con algo memorable.

Pero están vencidos.

Habrán sido testigos, partícipes, coautores de la historia
o tal vez actores de reparto, héroes, mártires, bastardos.
Todo es rigurosamente cierto.

Pero están vencidos.

Los denuncia su fatiga,
el triste chirriar de sus huesos,
la paciencia con que esperan la muerte,
la conformidad con que descifran signos,
la nostalgia con que se derraman sobre sí mismos.
Ya no queman ni regocijan.
Ya no aman ni aniquilan.
Ya no colocan la estrella en su horizonte posible
los que enhebraron su sangre con los ataúdes.
Algunos todavía tienen algo que ofrecer.
Podrían haber sido hoy los vencedores.
Pero están vencidos
y la historia no perdona.

Ecuación simple

Soy
la dimensión exacta de mi voluntad,
menos el peso muerto de mi vergüenza.

Y nada más.

Saberes

Explico mis razones,
pero es la fe
la única mecánica que conozco.

Cultivo el amor,
pero sé que no escuadra
a los desaparejos.

Desconfío de los duros,
porque sé que por adentro
están hechos de pulpa.

Deposito toda mi confianza en la ciencia,
ese fabuloso
invento de la magia.

Creo en los dioses diminutos,
que anidan
en la sarna de los justos.

Tengo un oficio tibio
que le besa a las palabras
sus pies fríos.

Incomunicados

Los noticieros
ya no saben de qué hablar
para no hablar
de lo que urge hablar.

Y nada

Tengo un dolor de arqueólogos:
de maravilla derruida,
de esqueleto incompleto,
de página fugada.

Tengo un dolor de guardabosques:
de jaguar extinto,
de selva silenciosa,
de tierra aniquilada.

Tengo un dolor humano,
porque humano es el dolor.
Y nada.

Economía política

Cavar pozos.
Tapar pozos.
Brillante lo suyo don Keynes,
pero así no se sale de una crisis.

Cavar pozos.
Enterrar a banqueros y empresarios,
usureros y terratenientes,
politiqueros y ladrones.
Y taparlos para siempre.

Así sí que se sale de una crisis.
Hasta que no muera el perro,
seguiremos rabiando.

Combatir al mundo

Es por todos sabido,
que la tortuga es un bicho
sabio y pesimista.
Solo así puede explicarse
la fiaca empecinada y tibia
con que ha decidido
combatir al mundo.

Tierra arrasada

Cada legua ganada
es una legua perdida.

Cada paso nos acerca
y nos aleja de la muerte.

En nuestra desesperación,
trocamos fuego por más fuego,
hambre por más hambre.

Y así va quedando la tierra
que cedemos a los vastos latifundios
de la guerra:
arrasada
y llena de paradojas.

Saturación

Piensa el soldado,
que después de tantos bombardeos de saturación
para aniquilar otra vez
definitivamente al enemigo,
la tierra,
descosida,
humillada,
enemiga de nadie,
demandará amplias maniobras de suturación,
igual de precisas,
igual de costosas,
igual de inútiles.

Una y una

Su vida se construyó así.
Con una de cal y una de arena
y etcétera y viceversa.
Lo que nunca sabrá,
ni podrá explicarle Dios o albañil alguno,
es cuál de esas cucharadas
han sido las buenas.

Veintiséis veinte veinticinco

Evita,
hubo un tiempo en que pese a compartir
eso de la bandera sobre las ruinas,
no pude ahondar entre tu hermosura y el cáncer
para comprender cabalmente
la envidia de los sapos
y el canto de los ruiseñores.
No sé si serás *Esa mujer* que andaba buscando Rodolfo
o la criatura infame de Perlongher.
Solo sé que el pueblo,
manoseado como tu nombre,
fue a llorarte como un niño abortado y roto.

Pero no todo era luto.
Mientras algunos tiraban margaritas para hacer mullido
el largo respaldo de tus huesos,
otros arrojaban la flor del banano
para hincarte la muerte.
Copas colmadas de licor extranjero
se alzaron a su tiempo para brindar
por las bondades de la metástasis.

No sé aún cómo conjugar las sutilezas
de la estadística y la dialéctica,
pero no cabe ninguna duda de que cuatro millones
quiere decir pueblo.
Fue ese mismo pueblo que fue a llorarte
el que me obligó a deponer evangelios y prejuicios.
En esta hora y este día,
solo me apenan los obreros,
amas de casa,
campesinos,

profesionales patriotas,
que murieron entre la triste muchedumbre que
fue a despedirte

Dicen que fueron pisoteados.
Yo no lo creo,
sabiendo como sé
que ese pueblo no podía caminar
sin arrastrar los pies.

3.MITOS

*“Porque aquí la realidad
todavía está en guerra con los pájaros”*

Mario Payeras

Profecía

Que maravilloso mundo es este en el que llueven sapos y
serpientes.

Pero según la profecía vendrán tiempos de rareza.

La tierra quedará cuarteada,
los rayos desgarrarán una a una las carnes vaginales de
la noche.

Y tendremos miembros con telas de araña,
bocas partidas,
y nacerán monstruos hermosos y niños deformes.
Seremos un pueblo de lagartos,
con los pies siempre arrugados por la lluvia,
y lagañas grandes como males.

Que maravilloso, diremos entonces,
era este mundo en el que llovía agua llovida
y a veces algunos animales.

Pobres de nosotros:
lloverán cosas peores.

Manos y garras

Solo las manos suaves,
cálidas,
perfumadas del amor,
pueden salvarnos,
arrebatarnos ilesos,
de las garras peludas,
repugnantes,
crispadas del amor.

Cuando nazca un niño

Dios ha muerto,
anunciaron los malparidos por los barcos.
Su Dios habrá muerto,
respondimos nosotros.
Los nuestros apenas si están olvidados
y sangran nuestra desidia.
No pudieron matarlos.

Ya sin oro, aprendieron a masticar piedras
sin ningún valor.
Azuzados por la sífilis,
ya no hacen el amor
ni gozan de sus cuerpos desproporcionados.
Ya no viven en las cumbres
de la maravilla humana.
Apenas si habitan entre el tendón
y el hueso pardo de la tierra.

Ya ni odian ni blasfeman.
No son rencorosos y
tienen los ojos llenos de piedad.
Ya han pasado como 500 años:
¿Quién podría decir si ya no duermen para siempre?

Ninguna resonancia fría,
ninguna verdad abstracta podrá conmover
su siesta larga.
Ellos son un mito,
y otro mito,
y otro mito, todo tejido.

Estarán ya a esta altura cubiertos de polvo,
cargando su humanidad duplicada.

Porque donde hubo chispas,
humanidad queda.

Ellos,
en este siglo,
siglo del sur,
han de salvarnos.

Cuando nazca un niño,
capaz de distinguir a simple vista
la curvatura de la tierra.

Cuando nazca un niño,
capaz de abrazar la redondez del tiempo.

Cuando nazca un niño,
cuya sangre sea un revoltijo
de todas las sangres.

Cuando nazca un niño
con temblores bajos de barro y
una estatura de sueños precipitados.

Cuando nazca un niño
con pequeñas manitas de maíz
y con todo el potito espigado.

Cuando nazca en este mundo de mierda,
por primera vez,
nada más que un niño.

Patacón

Sigue valiendo un patacón
el protohombre americano.

¿Qué piedra hemos sembrado
en estos desiertos?

¿Qué caldo hemos vertido
junto al polvo y al degüello?

¿Habrá sido la nuestra
la obsesión del hortelano?

¿Habrán sido estériles
el dedo de Sarmiento,
la escopeta de Roca,
el falo de Lugones?

¿No cabemos todos
en la resaca de este latifundio?

¿No separa al vacío del vacío
este alambre de fardo?

¿De verdad han muerto
las montoneras y las tacuaras,
las boleadoras y los malones?

Interpretación número uno

Quisiera conocer
a las criaturas lunares
que duermen
en los pliegues de los bandoneones.

Cada día nacen,
durante el día copulan
y se multiplican sin descanso.
Pero cada noche la oruga feroz
del bandoneón las aniquila.

Son sus gritos desgarrados
al atravesar los fuelles,
la música que escuchamos.
Es oficio del intérprete
conjuguar al dolor.

Como no va a ser
una triste melodía
la del tango-bandonéon.

Cuadrumano

Hubo un tiempo en que el hombre
supo tener cuatro manos.
Cuatro manos simétricas, ágiles, perfectas.
El hombre primitivo era capaz de señalar a la vez
los cuatro puntos cardinales.

Pero un día, insaciable,
erguido para odiar desde más lejos,
para divisar, glotonamente, la lejana fruta que no
necesitaba,
o quizás para sentirse unos pocos centímetros
por sobre el resto de la creación,
el hombre decidió mutilar,
para siempre,
sus dos manos inferiores.
El hombre construyó un pedestal de barro
y allí embutió su dos extremidades.
Y en donde antes asomaban un par de arañas
inquietas y juguetonas,
nos crecieron unos callos lentos y torpes,
dos soberbios hipopótamos con fiaca.
Ha sido tanto
lo que hemos perdido desde entonces.

Ahora el amor es un duelo de espadas
entre mancos.
Ahora el amor es una vieja sonata
tocada con dos dedos anulares.
Ya no hacemos el amor,
apenas si decoramos la progenie de la especie.
Con suerte si tiramos algunas salvas,
algún que otro fuego de artificio.

Y es que para que sirven dos manos,
si son miles las tramas que hay que enhebrar en el amor.
Dos manos, ¿para qué sirven?
Diez dedos, ¿para qué sirven?
Un esmero de mecánico sin herramientas,
un empecinada voluntad de cruzar sin puentes.
¿Para qué sirven?

El hombre tampoco puede odiar como corresponde.
¿O han visto a alguien pisar
una cucaracha descalzo?
¿O acaso los proxenetas de la guerra
han inventado algún arma a su medida?
¿O acaso ha sido el pie alguna vez
el símbolo de todos los inquisidores?

Triste ha sido el derrotero del hombre
desde que inventara los zapatos,
órgano sordo,
prótesis insensible.
El zapato no siente la tierra que palpita, que suda, que
trajina.

Y claro,
el hombre ha creído que bajo sus pies muertos,
la que estaba muerta era la tierra.
Pero la tierra está viva,
la tierra no es una cosa,
la tierra es una ballena enorme
y nosotros no somos más que un líquen
adherido a ella.

Desde que ha perdido sus manos,
el hombre pasa y cobardemente,
desprecia todo lo que pisa.
El hombre no ama con el pie.

El hombre no crea con el pie.
El hombre no labra con el pie.
El hombre, ni siquiera odia con sus pies.

Es cierto que gracias a ellos
han sido el fútbol,
el tango,
tal vez las bicicletas.
Pero que sería de un partido sin arqueros,
de una bicicleta sin rumbo,
de un tango sin abrazos.

Ladran Sancho, señal de que son perros

Ladran Sancho,
señal de que son perros,
perros de la siembra mala.

Perros territoriales,
hortelanos rabiosos de sus gordos privilegios.
Antes de tirar el zarpazo ponen las patas tiesas
como aspas,
erizan los pelos espigados del pescuezo,
ladran con sus gargantas
espesas por la harina triturada.

Pero antes de zarpar, ladran, y antes de ladrar, hablan.
La furia no es sino el último recurso
para proteger el hueso grande del puchero.
Hablan y salivan con sílabas de fábula,
hablan con grandes palabras
que no son más que la espuma de las lenguas.
Tienen las suelas blandas estos perros,
fijos los puntos cardinales,
estática la rabia:
así de firme es la tierra en que se paran.
Son lobos disfrazados estos perros,
que se visten de corderos,
que se esconden tras la grama.

Después de quinientos años de pena y pena,
llevamos triste la figura,
hambreado el rocín,
pesada la sombra,
cansada la adarga.
Ya no cabalgamos.

Apenas si caminamos en círculos,
tropezando,
redundantes como un ciego y sus lagañas.

Pero ladran Sancho.
Carajo,
¡qué esperanza!,
hay que ver como ladran.

Espiga negra

Como una espiga negra,
y estirada como si Dios la hubiera amasado
desde arriba,
pasa una mujer blanda y olorosa
como flecha de palosanto.
Se sienta junto a mí,
y despliega uno de sus escasos
quehaceres terrestres.

Desde donde estoy,
se ve como cumplen su ritual de faro
sus ojos de venado
que han masticado luciérnagas
que han conocido fábulas
que han narrado maravillas.
Todo se ilumina con una luz
atravesada por la niebla.

Su cuerpo es un obrar de barro,
una sola pieza
que no conoce ingenierías.
El ciclo de su menstruación ha de ser
el de los terremotos y el de las mareas.
Nada sabe su talle de remaches,
o de otros artefactos submarinos.
Salvo por los pezones.
Esos son perfectos,
y tienen la mecánica del fruto
y el sabor de leche espesa
del viento cuando nace.
Tiene la vulva inquieta.
Mientras lee a mi lado, esta crece y titila

como la baliza olvidada
de los grandes trasatlánticos.
Quisiera ser mosca o polilla,
bichito de luz de esa flor carnívora.

Entre esos musgos,
prometo olvidarme para siempre
de mi terror a morir ahogado.

Los hijos de los barcos

¿Es que alguno le ha encontrado la vagina a un barco?

¿Es que a ese tano laborioso ni un solo espermatozoide le
salió malo?

¿Es que una gringa colorada pudo parir a quince millones
de negros?

¿Es que los indios solo fornicaban por atrás
o por puro goce estético?

¿De dónde venimos?

¿Quiénes somos?

¿Qué cuento nos contaron?

Antigénesis del tercer mundo

*“Robaron los conquistadores
una página al universo”*

José Martí

1:1

En el principio, Dios, desgarrando la bruma americana, creó la civilización y la barbarie.

1:2

Y la tierra estaba sin orden y vacía de gentes, vacía de cultura, y el espíritu de Artigas y el de los araucanos, se movían libres sobre la faz de las aguas.

1:3

Y entonces dijo Dios “sea la civilización”, y Norteamérica lo iluminó todo con una luz artificiosa.

1:4

Vio Dios que la instrucción era buena, y distinguió la luz vespéral de los civilizados, de la opaca estupidez del gauchaje.

1:5

Llamó a Europa civilización, y a los naturales llamó bárbaros. Y ese fue, oficialmente, el primer día de la creación.

1:6

Entonces dijo: “Haya una escuela en cada rincón de la Patria, para separar la paja del trigo, a los educados de los degollados”.

1:7

E hizo escuelas, y separó a las razas hechas de cobre de las que eran cruda arcilla. Y así fue.

1:8

Y fue la tarde y la mañana del día segundo.

1:9

Entonces dijo Dios: “Dispérsense las naciones que antes estaban reunidas. Que aparezca nuestra Patria enana, las urbes, las grises arterias de los caminos, los zaguanes”. Y así fue.

1:10

Llamó Argentina a ese jirón de patria, y al resto, tertulia de despojos, llamó América. Vio Dios que esto era un progreso hacia mejor.

1:11

Y Dios dijo: “Produzca la Nación no más que granos, aceites y vacas para provecho de los capitales ultramarinos”.

1:12

Pero la Nación también parió latifundios, alambres de fardo, parásitos ociosos de la tierra que trajina.

1:13

Y fue la tarde y la mañana del tercer día.

1:14

Entonces dijo Dios: “Haya lumbre para distinguir la cultura europea de la zafia ignorancia montonera. Guíese la mansedumbre por rectos caminos”.

1:15

Y los poetas constelados tutelaron la marcha de la civilización, de los días y los años. Y así fue.

1:16

Y fueron paridos dos astros, Lugones para dominar el día, y Olegario Andrade para dominar la noche. También fue parida, por error, la díscola estrella que vocifera y agoniza.

1:17

Dios montó a los grandes astros sobre academias, museos, bibliotecas. Desde allí alumbraron la tierra con rayos inquisitoriales.

1:18

Dios los rotuló entonces con distinciones, homilías, premios nacionales.

1:19

Y fue la tarde y la mañana del cuarto día.

1:20

Entonces dijo Dios: “Habiten los conventillos innumerables seres pegajosos y hacinados, y vuelen sobre ellos prohombres de carruaje y de levita”.

1:21

Y Dios engendró vastas proles de negras cabezas, y todas produjeron según sus rubros, sus oficios. Vio Dios con beneplácito saltarse las costuras de los silos.

1:22

Y Dios los maldijo diciendo: “Sean fecundos y multipliquen las faenas, los ingenios, las curtiembres”.

1:23

Y fue la tarde y fue la mañana del quinto día.

1:24

Entonces dijo Dios: “Produzca la Nación otra caterva de parásitos. Y así nacieron los tilingos, las tropillas de langostas, las conjuras de burócratas”.

1:25

Y Dios entregó a los oligarcas su peón y su hacienda, a los burócratas su confort, a los obreros su reloj y su fatiga.

1:26

Entonces dijo Dios: “Creemos una criatura sobrehumana

que tenga por brazos una pluma y un garrote. Hagámosla a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y que pueble todo el territorio, que instruya, custodié las fronteras, aplaste la desmesura de las rebeliones”.

1:27

Y Dios creó a leguleyos y gendarmes.

1:28

Dios los bendijo con haciendas y pensiones, y les dijo: “Sojuzguen la tierra y disciplinen la mecánica expansiva de las turbas federales”.

1:29

Y dijo Dios: “He aquí que os he dado generosas contribuciones. Mamarán los hijos pródigos de las gordas ubres de las arcas nacionales”.

1:30

Y a las bestezuelas rastreras, a obreros y peones, aún les quedarán para mascar los duros panes de la beneficencia.

1:31

Dios, satisfecho y onomástico, se felicitó por su obrar. Y entre elogios y complacencias, se le fue apagando la tarde y la mañana del sexto día de la creación.

2.1

Seis días llevó a Dios la antigénesis del tercer mundo.

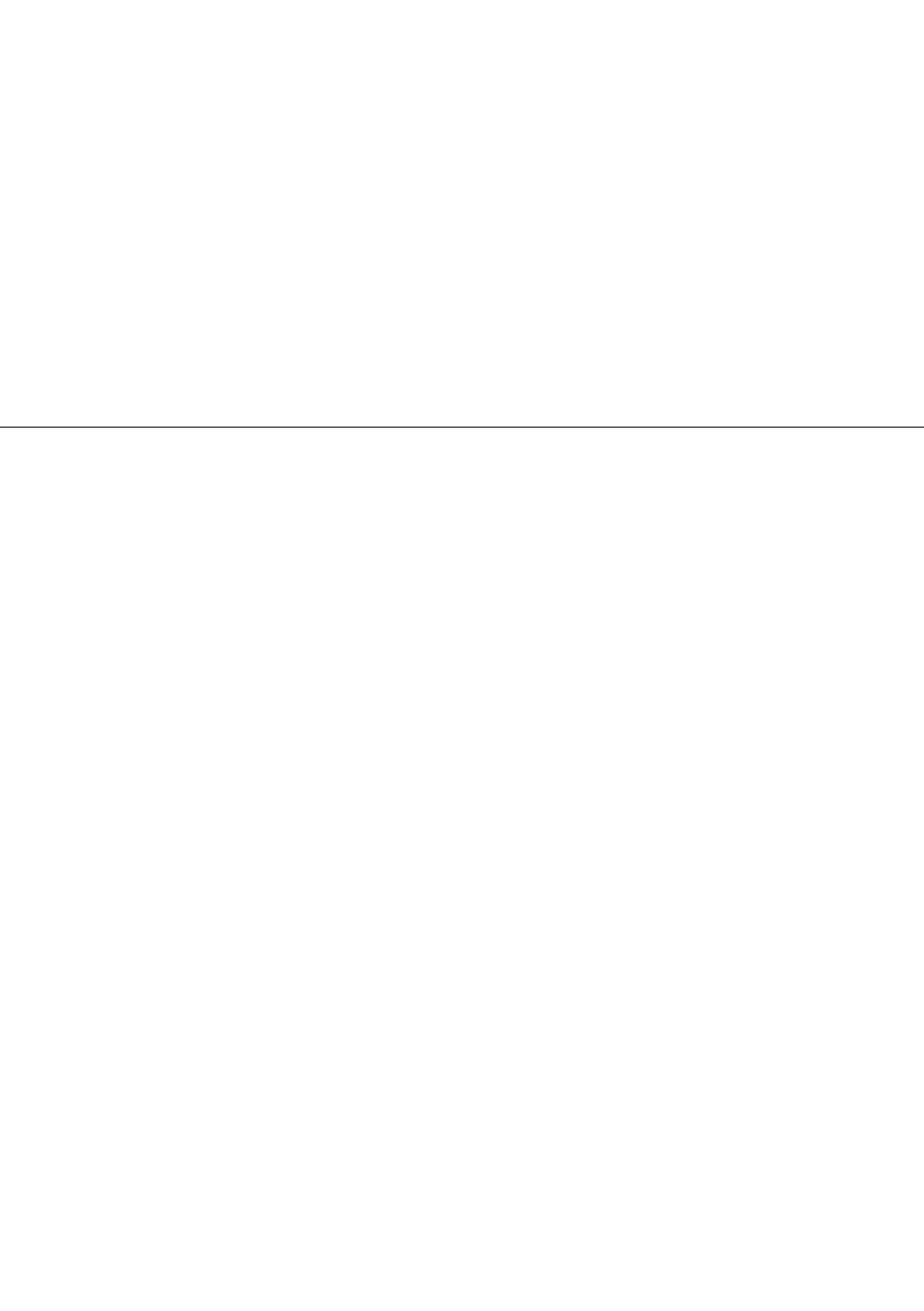
2.2

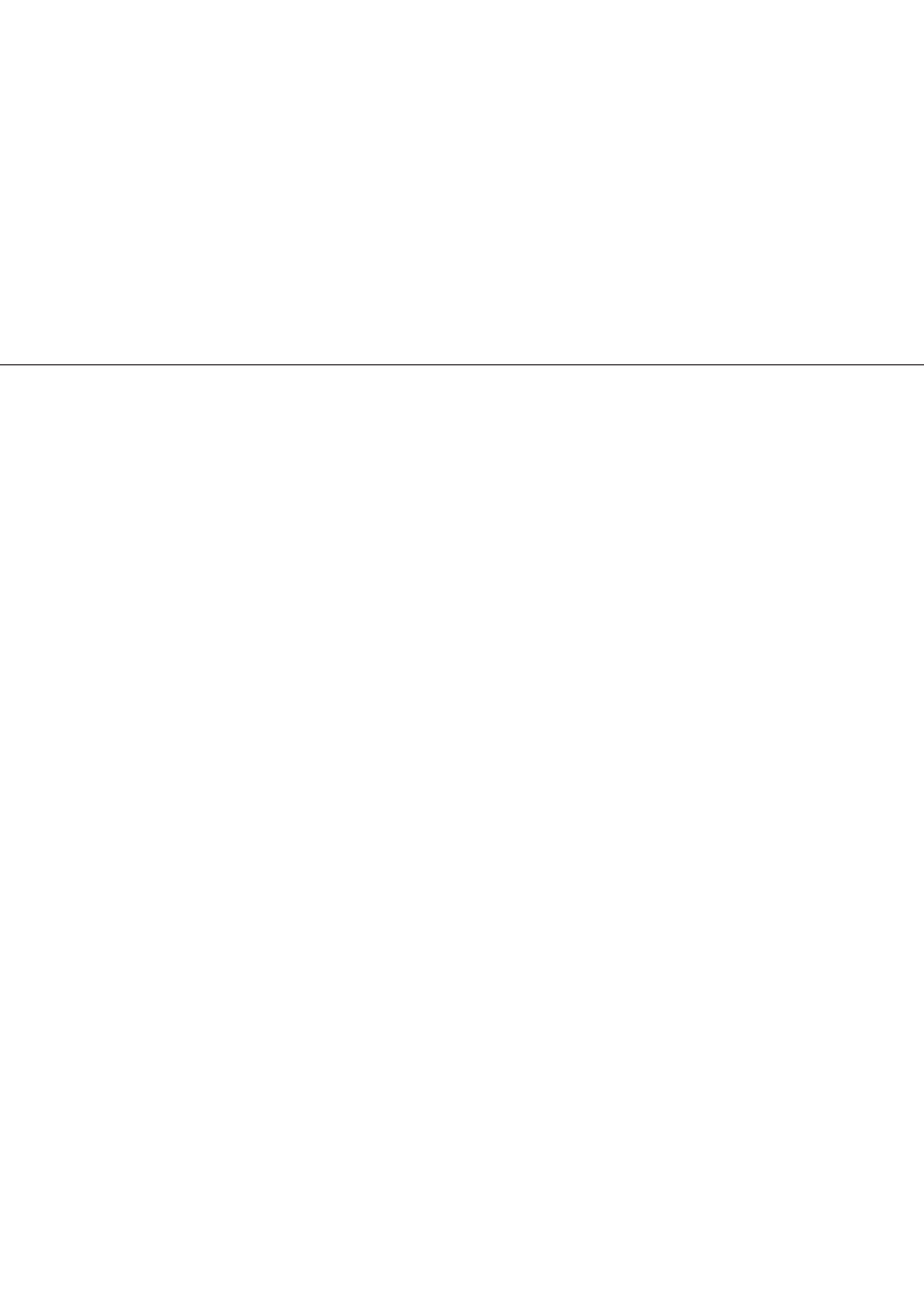
Y acabó Dios su obrar en el día séptimo, y luego de tan breve fatiga, descansó para siempre.

2.3

Y Dios bendijo a su pro genie de alumbrados, civilizados y gentes de cruda arcilla. A su pro genie de Lugones, oligarcas, leguleyos y gendarmes. Y todos ellos, dijo, serán los vástagos de mi soberana fiaca, y como tales, seguirán descansando.

La otra estirpe en cambio, no ha cesado de crear. Y es ella quien sigue labrando los panes, los juegos, la ternura, los dioses, los caminos.





ÍNDICE

<i>1. GENTES</i>	9
<i>Pobre vieja</i>	13
<i>Seco</i>	15
<i>Pero ama</i>	17
<i>Las barrenderas</i>	18
<i>El linyera</i>	19
<i>Nombrarte es gastarte</i>	20
<i>Que se animan</i>	21
<i>Cuentacuentos</i>	23
<i>Estilos</i>	24
<i>Todos nombran</i>	25
<i>2. HISTORIAS</i>	27
<i>Los vencidos</i>	31
<i>Ecuación simple</i>	32
<i>Saberes</i>	33
<i>Incomunicados</i>	34
<i>Y nada</i>	35
<i>Economía política</i>	36
<i>Combatir al mundo</i>	37
<i>Tierra arrasada</i>	38
<i>Saturación</i>	39
<i>Una y una</i>	40
<i>Veintiséis veinte veinticinco</i>	41
<i>3. MITOS</i>	43
<i>Profecía</i>	47
<i>Manos y garras</i>	48
<i>Cuando nazca un niño</i>	49
<i>Patacón</i>	51
<i>Interpretación número uno</i>	52
<i>Cuadrumano</i>	53
<i>Ladran Sancho, señal de que son perros</i>	56
<i>Espiga negra</i>	58
<i>Los hijos de los barcos</i>	60
<i>Antigénesis del tercer mundo</i>	61

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de*

tecno/offset

José Joaquín Araujo 3293

(C1439FAP)

Ciudad de Bs. As.

Febrero de 2016

